

CAPÍTULO VI.

El ser abandonado.

Tan espontánea y tan natural fué la carcajada del P. Antonio, que la madre y la hija se sintieron á la vez acometidas de la misma hilaridad; y aunque la primera no parecía, por su aspecto pensativo, que se mostraba muy dispuesta á entregarse á la súbita algazara de aquella intempestiva alegría, ambas pasaron de la sorpresa á la risa.

Lo que el P. Antonio había puesto en el regazo de Rosalía no era precisamente el motivo que les hacía reír; pues, en honor de la verdad, él se reía de la sorpresa que les había causado, y ellas de ver reír al P. Antonio.

El primer movimiento de Rosalía al sentir sobre la falda el peso del *ser abandonado*, fué sacudir el vestido y arrojarle lejos de sí; mas se contuvo, y acudió con las manos á retenerlo y á acariciarlo, reconociendo que era un perro de piel negra y lustrosa, que debía tener pocos días; y se comprende perfectamente que la hija de la viuda cambiara de propósito, pues el pobre animal gruñía lastimosamente lamiendo las manos de Rosalía, como si pretendiera enternecerla llorando su triste suerte, y la pidiera el amparo de su compasión.

—Vamos á ver (dijo el P. Antonio sin dejar de reirse) cómo te las compones para cumplir la promesa que has hecho de servirle de madre.

—Ya lo verá V. (contestó Rosalía); eso corre de mi cuenta.

—Será preciso (advirtió la viuda) buscarle una nodriza, y no es tan fácil encontrarla.

—No hay necesidad de nodriza. ¿No crié á *Perico*, que vino á mis manos cuando apenas había salido del cascarón? Pues lo mismo criaré á éste.

—Sí, hija mía (replicó la madre); pero un mirlo no es un perro.

—Para el caso es lo mismo.

—Así quiere (exclamó el P. Antonio golpeándose las rodillas con las manos). No he oído otra en mi vida. ¿Vaya que se propone criarlo con cañamones? Por supuesto, al mirlo debes ponerle un collar con cascabeles, y que guarde la casa, y al perro debes encerrarlo en una jaula y que cante. ¿No es esto, hija mía?

Jamás en sus continuas reyertas con la hija de la viuda se había visto el P. Antonio en posición tan firme. Confundir á un perro con un pájaro, era poner en su mano un arma poderosa para contener los mordaces ataques con que Rosalía lo estaba provocando siempre, arma de la que se proponía indudablemente hacer un uso terrible. Á cada triquitraque saldrían á relucir el perro y el mirlo, y ella tendría que morderse la lengua.

En el rostro del buen sacerdote se veía pintada la satisfacción del que encuentra de repente desarmado y vencido á su implacable enemigo; porque, en honor de la verdad, Rosalía, como abrumada por el peso de las palabras del P. Antonio, permanecía cabizbaja, contemplando sobre sus rodillas al pe-

queño mastín, que se agitaba y gruñía. Tal vez empezaba á comprender que no era tan fácil criar á un perro recién nacido como á un pájaro que se coge en el nido.

Ello es que permanecía silenciosa y meditabunda, sin tener, ¡cosa rara en ella!, nada que replicar al P. Antonio, mientras éste, ufano de la triunfante causticidad de sus palabras, añadía, exclamando:

—¡Victoria en toda la línea!.... Al enemigo se le han acabado las municiones, y se rinde y se entrega. ¡Gracias á Dios! (añadió respirando con fuerza, como quien acaba de levantar un peso enorme): gracias á Dios que he acertado una vez á parar la agilidad de esa lengüecilla, mojada siempre para mí en hiel y vinagre. Esto se llama copar al enemigo.

Rosalía movió la cabeza con visible impaciencia, y el P. Antonio hizo un cambio de tono, como si dijéramos, un cambio de frente, y prosiguió diciendo:

—Pero no es noble abusar de la victoria; al enemigo vencido debe tendersele la mano, y yo quiero ser generoso. Convengamos ante todo en que no es lo mismo un mirlo que un perro mastín, aunque éste sea recién nacido, y hagamos las paces por hoy. Yo me encargo de proporcionar la nodriza indispensable. Casualmente la perra del labrador que cuida la huerta del monasterio está criando, y no tendrá inconveniente en admitir un hijo más.

—No (replicó Rosalía); no hay necesidad de molestar á esa señora, aumentándole la familia con un nuevo individuo.... Harto hará la pobre con salir adelante con los suyos....: he dicho que no es menester nodriza.

—Si se empeña en ello (añadió la viuda), no habrá modo de convencerla. Es obstinada como su padre.

Diciendo esto, miraba á Rosalía con tierna solicitud, porque al hacer notar este defecto en el carácter de su hija, se complacía en ver reflejarse en ella la entereza de alma de su difunto marido.

—Yo (dijo el P. Antonio, encogiéndose de hombros) descanso sobre las armas; es decir, que me lavo las manos; pero anuncio una catástrofe; porque el pobre animal morirá al fin y al cabo sitiado por hambre.

—Lo veremos (replicó Rosalía, pasando suavemente las manos por el lomo del perro, acurrucado en su falda, ni más ni menos que si pretendiera alimentarlo con sus caricias, y añadió): lo veremos, P. Antonio. Por de pronto, no lo necesito á V. ni para bautizarlo, pues desde este momento se llamará....

—Veamos.

—Se llamará....

—¿Qué?....

—Le pondremos....

La viuda, que por segunda vez había suspendido la tarea de su labor, miraba atentamente á su hija, esperando el nombre que no acertaba á salir de los labios de Rosalía.

Es posible que no encontrara uno á su gusto, y es posible también que la ocurrieran en el momento de ir á pronunciarlo serias dudas acerca de la terminación que había de dar al nombre, porque verdaderamente ignoraba si debería llamarle *Turco* ó *Turca*, *Lindo* ó *Linda*; y una equivocación en este punto la expondría á una nueva carcajada del P. Antonio, que no perdería ocasión tan propicia de tentarle la paciencia; y en tal caso, ¿cómo salir de la duda?.... Tal vez allá en las intimidades de su alma candorosa se desesperaba viendo las dificultades que

para salir airosamente del paso le ofrecía su honesta ignorancia.

Cualquiera que sea la malicia que el lector conceda al P. Antonio, debemos creer que no le ocurrió la sospecha que á nosotros acaba de asaltarnos, porque entonces habría abusado de la perplejidad de Rosalía sin misericordia, y no fué así, sino que, por el contrario, él mismo vino á sacarla del apuro en que se veía, exclamando con desdén fingido:

—¡Bah, bah!.... Ni siquiera encuentras un nombre á propósito que poner á ese infeliz recién nacido, cuando el nombre que le conviene se está cayendo de su peso. La cosa es clara. No se necesita abrir ni cerrar ningún libro para dar en ello. El nombre salta á los ojos. Debe llamarse *Camaleón*, puesto que ha de mantenerse del aire, á lo menos mientras su boca no adquiera la fuerza necesaria para proveerse de otros alimentos más sólidos.

Sonrióse Rosalía al oír estas palabras, presentando al P. Antonio aquel semblante expresivo y lleno de gracia, que, digámoslo así, se iluminaba siempre que sus labios se sonreían.

¿Celebraba de este modo la ocurrencia de su triunfante adversario, ó es que el nombre que acababa de oír destruía todas sus dudas? He aquí una cosa que dejó al buen juicio de los lectores, en razón á que yo nunca pude averiguarlo.

Viéndola sonreír de tan bella manera, el P. Antonio se rascó la frente, echando hacia atrás el gorro de felpa negra que cubría su cabeza, haciendo resaltar sobre las sienes los primeros albores de la ancianidad, y le dijo:

—¡Hola, hola! Ya apelas al recurso de enseñarme los dientes: ese es tu último recurso; pero esta

vez me mantengo firme, resuelto á rechazar la fuerza con la fuerza.

Y diciendo y haciendo, presentó á su vez á Rosalía el semblante más cómicamente serio que puede imaginarse, tanto que la sonrisa de ésta acabó por convertirse en ruidosa carcajada.

—¡Muy bien! (dijo la viuda.) Me parece que van Vds. á entrar en negociaciones, y me alegro, porque mientras Vds. riñen el perro se muere de hambre.

—Por supuesto (añadió el P. Antonio): esa risa estrepitosa significa que el enemigo pone bandera blanca y pide parlamento.

—No significa nada de eso (replicó Rosalía): y en prueba de ello, que ni cedo en mi propósito, ni siquiera admito el nombre de *Camaleón* con que V. quiere bautizarle. Este perro no se separará de mí mientras yo viva.

—Hija mía (advirtió la viuda): los perros no viven tanto como las personas; su vida es mucho más corta.

Rosalía movió la cabeza con cierta tristeza, no teniendo nada que replicar á la observación de su madre, y ésta añadió:

—Parece que te anticipas á sentir su muerte, que por el orden natural de las cosas ha de ser antes que la tuya.

—¡Quién sabe! (exclamó Rosalía con viva naturalidad.) ¿Cuánto tiempo puede vivir un perro?

—Un perro (contestó el P. Antonio), lo más que puede vivir son veinticinco años.

—Pues bien (añadió ella): yo no viviré tanto.

Articuló estas palabras con tal acento de ingenua y sincera convicción, que su madre, alarmada, no pudo reprimir un movimiento de inquietud, exclamando:

—¡Oh! ¡qué cosas dices! Ya te he oído dos ó tres veces hablar de la muerte. De seguro que ninguna joven de tu edad piensa en semejante cosa. ¡Mire V. que es capricho pensar en morirse cuando empieza á vivir! Cualquiera diría que deseas morirte, y con eso ofendes á Dios y me ofendes á mí.... ¿No es verdad; P. Antonio?

—Señora (contestó el sacerdote) : habla V. como un libro.

Miró Rosalía á su madre con la sonrisa en los labios y las lágrimas en los ojos, porque las palabras de la viuda habían penetrado en el corazón de su hija.

Si nos es lícito traducir esta doble expresión de su rostro, bien pudiera verse en la sonrisa una dulce esperanza y en sus lágrimas un triste presentimiento. Positivamente su alma se hallaría bien distante de uno y otro afecto, y es más natural creer que se sonreía por tranquilizar á su madre, y lloraba expresando el pesar que le causaba haberla afligido; pero algunas veces la fisonomía humana, como anticipándose á las desdichas ó á las felicidades que nos guarda nuestro destino, presenta misteriosos aspectos, que parecen anuncios de dichas ó desventuras más ó menos lejanas. ¡Cuántas veces creemos entrever en los rasgos del semblante, en las miradas ó en las sonrisas, en las líneas de la boca ó en las sombras de la frente, un porvenir, ya adverso, ya favorable! ¿No va algunas veces claramente impreso en el rostro de la criatura el vago secreto de sus futuros destinos? ¿No habéis reparado alguna vez en la tristeza que baña el semblante de los niños condenados por el vicio á orfandad perpetua antes que comprendan la crueldad de su suerte? ¿Qué sabemos de la vida en el momento de venir al mun-

do? Y, sin embargo, nuestros gemidos y nuestras lágrimas en el instante mismo de nacer, ¿no son como el anuncio de las desdichas que nos esperan sobre la tierra?

Sea como quiera, es lo cierto que la viuda bajó los ojos, como si pesaran sobre sus párpados la sonrisa y las lágrimas de Rosalía.

Notando el P. Antonio todo esto más con los ojos de su bondad que con los de su perspicacia, quiso torcer el triste rumbo que la conversación tomaba, y exclamó diciendo :

—¡Morir!.... ¡Vaya una ocurrencia!.... Y vea V. en qué ocasión se le mete en la cabeza semejante capricho, cuando....

Aquí se detuvo, como si una idea repentina hubiera paralizado su lengua, y se mordió los labios, queriendo de este modo imponerles silencio. Sin duda ninguna iba á incurrir en una de esas indiscreciones involuntarias que, si se nos escapan, somos nosotros mismos los primeros que nos sorprendemos.

—¿Cuándo qué?—preguntó Rosalía.

—Cuando.... ¡claro está! (contestó.) Cuando tienes doble obligación de vivir, puesto que has adoptado á ese pobre huérfano que gruñe sobre tus rodillas. Yo supongo que abandonar á tu madre para siempre, dejándola sola en el mundo, no es un caso de conciencia que deba obligarte á vivir hasta la consumación de los siglos; pero dejar abandonado á ese perro infeliz á todas las desdichas de su suerte, debe ser para tu corazón una cosa más seria. ¿No es esto?

Al acabar de pronunciar estas palabras cruzó los brazos, admirándose de que ni la madre ni la hija celebraran aquel rasgo de su ingenio; pero ambas permanecieron silenciosas, dejando al P. Antonio con la boca abierta. Al fin la viuda dijo :

—¡Ea!.... no se hable más de este asunto. ¿Á qué hablar de la muerte?

—Eso es (añadió Rosalía). Yo, por mi parte, aseguro que viviré toda mi vida, y mi vida es la vida de mi madre.

—Te pones en razón (dijo el P. Antonio); pero entre tanto aún no sabemos el nombre ilustre que ha de llevar el huérfano, ni cómo te las vas á componer para que el infeliz no resuelva al fin y al cabo morirse de hambre.... Yo insisto en que se llame *Camaleón*.

—Camaleón.... Camaleón.... (repitió Rosalía.) Ese es un nombre insignificante. Yo quiero que se llame.... ya lo sé.... éste sí que es un gran nombre: se llamará *César*.

—Nombre augusto (añadió el P. Antonio). Si tiene la fortuna de pasar felizmente el rubicón del hambre que le espera, será tan célebre en este pueblo como lo fué Julio César en Roma. Bien: por lo que hace al nombre, ya hemos salido del apuro; llámese *César* enhorabuena; pero ¿cómo va á salir de la lactancia el futuro rey de los perros? Porque no le basta llamarse *César* para vivir, si le falta *el pan nuestro de cada día*.

—Ya he dicho (replicó Rosalía) que eso corre de mi cuenta.

—No podía V. hacer cosa peor (dijo la viuda, dirigiéndose al P. Antonio) que el habernos traído este pequeño huésped; porque conozco á mi hija, y sé que desde hoy no va á vivir pensando en *César*. ¡Es mucha criatura! Le dió por las flores, y ha convertido la casa en una primavera: luego vino el mirlo, y fué el cuento de nunca acabar: ahora nos ha caído el perro.... pues ya estamos frescos.

—¿Oye V. eso, P. Antonio?.... Pues bien: mi ma-

dre es la primera que me ayuda á cuidar las flores, la primera que se encanta oyendo silbar al mirlo siempre que yo lo llamo ó lo acaricio. Ahora mismo está pensando cómo podremos criar á *César* sin que eche de menos á su madre.

—Trabajo le mando,—dijo el P. Antonio.

—Pues ello es preciso (añadió Rosalía con ademán resuelto). Ya sé yo que *César* no le hará mucha gracia á mi tío, porque al buen señor no le gustan las flores, ni los pájaros, ni los perros. ¿Qué daño le habrán hecho las flores, que todo lo perfuman; los pájaros, que todo lo alegran, y los perros, que todo lo guardan.... es decir, lo más bello, lo más alegre y lo más fiel que hay en el mundo?

—¡Bah! (exclamó el P. Antonio.) Tú querrás que tu señor tío, con sus cuarenta años de edad y sus veinte años de servicio en el cuerpo de artillería, se ponga á jugar contigo como un cadete. Es verdad que cuarenta años los tiene cualquiera, y que él es un roble, un poco duro de genio, algo áspero, y, aunque sabiendo llevarle el aire es un cordero, no es cosa de que deje su formalidad y se dedique á cuidar flores, á criar pájaros y á acariciar perros recién nacidos. ¿Y por qué?.... Porque tiene una sobrina de diez y siete años cumplidos, que se ha empeñado en ser eternamente niña, cuando podía ser ya ama de su casa.

Estas palabras del P. Antonio despertaron, al parecer, en la viuda cierta curiosidad, pues clavó los ojos en su hija, como quien espera una respuesta temida ó deseada; pero Rosalía no tuvo por conveniente dar contestación alguna, mostrándose indiferente á lo que acababa de oír. Al mismo tiempo *César* dejó escapar un gruñido lastimero. Indudablemente el hambre empezaba á inquietarlo.

—Tenga V. paciencia, *señor César* (dijo Rosalía acariciando al perro), que mi madre está pensando en este momento cómo hemos de salir del paso.

—El paso (replicó la viuda) no tiene más que una salida: dale ese pobre animal al P. Antonio, y que se lo lleve al monasterio.

—No hay otro remedio—añadió el P. Antonio.

—Sí hay,—insistió Rosalía.

—¿Cuál?

—Uno; porque es preciso que lo haya.

La madre pareció asombrada de la terquedad de su hija, y mirándola medio seria y medio risueña, le dijo:

—No sé, hija mía, si estará admitido entre los perros el uso del *biberón*; si lo estuviera, sería un recurso.

—¡Bravo! (exclamó el sacristán de la ermita.) Un perro criado con *biberón* debe llevarse á la historia natural. ¡Ea! Ya tienes un medio. Si el perro vive, será un milagro.

—Pues vivirá (añadió Rosalía poniéndose de pie); y tendrá V. que respetarme como á una santa, porque voy á hacer un milagro.

Y diciendo y haciendo, salió apresuradamente de la sala, llevándose á *César* acurrucado en el fondo del delantal de sarga negra que llevaba ceñido á la cintura.

CAPÍTULO VII.

Una mala noticia que alegra á la viuda.

—¡Qué criatura! (exclamó el P. Antonio, viendo salir á Rosalía.) Es una paloma sin hiel.

—Sí (replicó la viuda); pero es muy terca.

—¡Terca!.... ¡Bah!.... No paso por eso. Tiene la voluntad muy firme; convenido; pero no es eso lo que debe V. mirar, señora. ¿Acaso se empeña alguna vez en cosas que no sean justas y buenas?

—No la defienda V., P. Antonio. Muchas veces hemos hablado de esto mismo, y siempre he dicho: Rosalía es muy amiga de su gusto.

—¿Pero cuál es su gusto? También dirá V. que los santos son muy testarudos porque se empeñan en ser buenos.

—¡Vamos.... V. ha creído que Rosalía es una santa!

—Así lo creo.

—Pues no es más que una niña mimada, y ya es preciso ir corrigiendo los defectos de su carácter.

Si en la inocencia ingénita del P. Antonio cupiera alguna sombra de malicia, habría sospechado en esta ocasión que la viuda se complacía en acusar á su hija sólo por el gusto de oír sus alabanzas. Podía suponer que la deprimía para verla ensalzada. ¿Acaso no es este un aspecto de la ternura que las madres sienten por sus hijas?